

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN LAS REGIONES

Raúl Padilla López
Universidad de Guadalajara

Antes de compartir con ustedes algunas ideas y reflexiones sobre el papel deseable de la universidad mexicana en las regiones, quiero expresarles mi satisfacción por estar con ustedes y agradecer su invitación para participar en este foro.

Hoy, como en muchos países del orbe, en México el centralismo viene cerrando oportunidades de progreso. Ha dejado de tener vigencia un modelo de nación que privilegió el desarrollo de escasos puntos geográficos del país, a costa de la mayoría de regiones y de innumerables comunidades. Ha perdido todo sentido la concentración de recursos, decisiones y bienes culturales en unos cuantos enclaves territoriales.

En nuestros días, la existencia de un centro fuerte con una periferia relativamente débil constituye una realidad que pone trabas al desarrollo integral del país, limita la consecución de legítimos intereses regionales y frena la expresión de las culturas e identidades locales.

La sociedad mexicana encuentra ahí, en este momento, uno de sus más grandes desafíos. Desmontar mecanismos y formas de gestión que favorecen el centralismo, representa una de sus tareas pendientes. Una tarea muy compleja, sin duda, pero que se tiene que hacer realidad si queremos efectuar el tránsito hacia una nación que sea más inclusiva, democrática y equitativa.

En México, ha llegado la hora de las regiones. Voltar hacia ellas y promover su mejor desarrollo es hoy una condición ineludible para asegurar nuestra viabilidad en el concierto de las naciones. La responsabilidad de las instituciones de educación superior está fuera de discusión: de ellas depende, en buena medida, que en todos los rincones del país se activen fuerzas sociales capaces de construir una nación más equilibrada y vigorosa.

El resurgimiento de los regionalismos

Las regiones son el primer espacio de pertenencia comunitaria. En ellas se incuban las fuerzas que originan la identidad local y que después, unificadas en los estados modernos, permiten consolidar el potencial de las naciones por la diversidad de sus acervos culturales y el intercambio de sus recursos naturales.

A grandes rasgos, puede decirse que los regionalismos son explicados por dos determinantes. Las de índole estructural incluyen factores económicos y culturales que se encuentran en la raíz de los pueblos; ellas refieren las formas de ser y de pensar que han sido heredadas de generaciones y que, por vías diversas, han creado una conciencia colectiva peculiar a ese espacio. Las de índole coyuntural, son tanto determinantes influenciadas por demandas de autonomía política, como determinantes que refieren ese sincretismo de la cultura tradicional y las nuevas formas de pensar traídas por la globalización de los mercados.

Las grandes transformaciones asociadas al progreso científico-técnico y la misma difusión cultural contemporánea debida al llamado efecto de demostración, ponen ahora en entredicho la solidez de las determinantes estructurales y modifican, sobre bases permanentes, el contenido de las determinantes coyunturales.

Surgen ahora viejas y nuevas identidades culturales y étnicas que van asociadas a reivindicaciones regionales. En nuestros tiempos, sin duda, el surgimiento de los regionalismos es uno de los principales acontecimientos políticos a nivel mundial. La razón de esto se encuentra, en parte, en la internacionalización de los valores culturales que se viene dando por la globalización de las economías; contra el centralismo tradicional que imponía su influencia en los espacios cerrados del proteccionismo, la nueva interdependencia económica abre oportunidades inusitadas a las regiones que establecen entre sí nuevos vínculos en la cultura y el comercio.

Los estados pierden protagonismo con esta globalización y las entidades supranacionales cobran especial fuerza. Del mismo modo, la distancia entre el viejo concepto de estado como entidad política y el de nación como sustrato cultural, se acrecienta; a la tradicional fuerza cultural que daba sustento a los regionalismos del mundo se agrega ahora la fuerza económica de la interdependencia entre las regiones.

Con todo esto, se dan procesos de diferenciación cultural que buscan revertir viejas tendencias de homogeneidad nacional. Estas, en muchos casos, tuvieron solo un fundamento débil y fueron creadas sobre bases artificiales; muchos regionalismos de hoy son los hijos rebeldes del integrismo político de ayer.

El regionalismo es, en breve, un fenómeno complejo que comprende desde intereses económicos y reclamos de autonomía política hasta

movimientos reivindicadores de identidades culturales.

Sin embargo, no todos los regionalismos han generado rivalidades; una parte importante de ellos sirven y han servido para enriquecer la vida cívica y cultural de los pueblos. En especial, los regionalismos políticos que inciden en los procesos modernizadores son aquellos que ven en la promoción de una vida cívica más plena, en el pluralismo, la tolerancia y en el respeto irrestricto del estado de derecho, parte esencial de sus reivindicaciones.

El problema del centralismo en México

Debido a los enormes rezagos económicos y a la gran inequidad social que se padecía, México fue el primer país en el mundo en vivir una revolución de grandes proporciones en el presente siglo. A partir del final de la misma, el país experimentó enormes transformaciones; durante varias décadas mantuvimos un crecimiento económico promedio superior al 6% anual, la estructura económica y social cambió de manera importante, se dejó de ser un país agrícola y rural para convertimos en una sociedad eminentemente urbana y se alcanzaron logros en áreas tan importantes como salud, alfabetización e infraestructura social.

No obstante, los rezagos no fueron eliminados en amplios sectores de la población y la marginalidad social extendió su incidencia en la pasada década como producto de la gran crisis económica. Con ella, las regiones en México vieron reducir sustancialmente el monto de sus apoyos.

En efecto, la estrategia de desarrollo por sustitución de importaciones que había mostrado su enorme potencial desde los años cuarenta hasta mediados de los sesenta, terminó agotándose en los setenta y con ello se empezaron a reducir sensiblemente los ritmos de crecimiento. Los paliativos del ingreso petrolero y el endeudamiento externo evitaron que los grandes desajustes estructurales se manifestaran en los niveles de bienestar. Sin embargo, después de la crisis de los ochenta el gobierno terminó reconociendo que la estrategia seguida había privilegiado al capital a costa del trabajo, a la industria a costa de la agricultura, a la ciudad a costa del campo, y a la sustitución de importaciones a costa del consumidor.

Las ciudades, y particularmente la de México, al verse favorecidas por el modelo se convirtieron en asiento de inmigrantes campesinos que retroalimentaban en círculo vicioso; menores recursos al campo por su baja densidad poblacional y mayor infraestructura a los centros urbanos que, a la postre, resultaba también insuficiente.

Nos encontrábamos entonces ante un país con enormes desequilibrios en todas las esferas. En la economía, la concentración del ingreso tenía su sustento, en parte, en un régimen proteccionista que impedía una asignación eficiente de los recursos y, con ello, presentaba reducidos niveles de competitividad.

En lo social, la insatisfacción de demandas seculares acrecentaba la inequidad y mantenía reducidos niveles de bienestar a lo largo y ancho del país. En lo político, el centralismo en la toma de decisiones y el autoritarismo asociado a un partido hegemónico de estado mantenían un importante nivel de apatía cívica. Finalmente, en el área de la cultura, la insuficiencia de recursos impidió fortalecer nuestra identidad en un marco de respeto a la gran diversidad étnica e idiosincrática del país.

En el fondo, el mayor desequilibrio que permeaba a todo el tejido social, con una fuerte incidencia en la configuración de nuestra estructura económica, lo era el desequilibrio entre nuestras regiones; supeditadas a alimentar al centro político del país, mantuvieron la precariedad de quien no es retribuido por su participación.

En este contexto, agudizado especialmente por las secuelas de la crisis de los ochenta, el reto de México ha sido el de implementar una nueva propuesta de desarrollo que se manifieste en lo económico y lo social, pero también que necesariamente abra espacios de participación en lo político y de expresión de la diversidad cultural en todo lo ancho del territorio.

En especial, desde los ochenta el estado mexicano ha privilegiado la transformación de las viejas estructuras del quehacer económico. Sin embargo, el proceso en las otras áreas es aún lento y en ocasiones ha sido incierto.

Más aún, la modernización en México para que realmente sea considerada integral debe atender otro gran desafío, el que impone el centralismo. Si bien la centralización fue buena para consolidar el estado nacional y erradicar localismos que fincaban formas autoritarias de poder, ahora ella inhibe y bloquea las fuerzas sociales en las regiones. En los noventa, una modernización cabal supone un desarrollo equilibrado y equitativo de todos los espacios geográficos.

La debilidad de las regiones

Como en muchos otros casos a nivel mundial, el regionalismo en México descansa en buena medida sobre las tensiones que se dan entre el centro y la periferia. Sin embargo, los regionalismos en México no cuestionan su pertenencia a un estado nacional; su sustento no se finca en las intolerancias típicas que a nivel mundial han generado rivalidades y guerras intestinas, sea por motivos raciales, religiosos o político-ideológicos.

Desde un punto de vista cultural, México es el asiento de un rico mosaico de costumbres y formas de convivencia social que no se traducen en rivalidades acendradas entre regiones. En algunos casos, como en el de las diferentes etnias indígenas, existen comunidades que poseen su propia lengua y, junto con ello, visiones del mundo que las distinguen del resto de la población del país. En otras ocasiones, se trata de diferencias menos marcadas, que tienen su base en

peculiaridades secundarias como el folklore y las costumbres.

Sin embargo, en el México contemporáneo subsisten y se profundizan los desequilibrios regionales. El viejo patrón de desarrollo dejó su impronta en estructuras caducas de convivencia social, negociación política y procesos productivos. Pero al mismo tiempo, las influencias de la globalización van perfilando de manera diferencial a las regiones y, con ello, remodelan su dinámica económica en función del nuevo rol que se asume en el contexto de apertura.

Principalmente, los regionalismos se están articulando a partir de demandas de equidad. La desregulación económica y los avances en la reforma del estado, han despertado inquietudes cívicas locales que configuran una geografía política nueva. Ahora se exige con mayor fuerza la autonomía municipal, la soberanía de los estados y el sustento de un verdadero régimen federal expresado en la descentralización del poder decisonal.

De este modo, las posibilidades de un desarrollo más equilibrado dependen, en buena medida, de la atención que se dé a las demandas descentralizadoras para poder aprovechar las iniciativas regionales, no sólo en los ámbitos de la economía y la política sino también en la creación y difusión de la ciencia y la cultura.

Universidad y sociedad regional

Las universidades públicas en México crecieron bajo la lógica centralista: privilegiaron la demanda profesional en las ciudades y centraron la prestación de sus funciones sustantivas en zonas urbanas. Por ello, como motor de desarrollo regional su importancia ha sido, hasta hace poco, reducida.

Otro factor que explica la escasa presencia de la universidad en las regiones ha sido su secular desvinculación con respeto a su entorno social. De hecho, su incapacidad de perfilar en el pasado su propio proyecto educativo en estrecha vinculación con las necesidades regionales, las supeditó a los lineamientos generales que para el sector diseñaba el gobierno federal. El se constituyó en el interlocutor entre el sector educativo y la sociedad civil, en claro desmedro de una interacción más plural con las regiones.

Desde hace algunos años, las instituciones de educación superior en el país atraviesan por un proceso de reforma. La masificación y concentración de la matrícula, el creciente deterioro del nivel educativo, su inadecuación a las necesidades de personal calificado en el país, la sobre-politización de sus actividades y la ineficiencia en el uso de sus recursos son sólo algunos de los principales lastres que habrían estado obstaculizando el cumplimiento efectivo de sus fines.

En general, dos grandes razones de carácter estructural vinculados entre sí han explicado la necesidad del cambio. De un lado, la insuficiencia de

recursos financieros producto de la crisis imponía cambios a la vieja lógica de masificación en un marco de ineficiencia. De otro, la reestructuración de nuestro modelo de desarrollo le exige a las universidades un nuevo rol, no sólo en términos de formación de recursos humanos calificados e investigación, sino también como instrumento de desarrollo regional.

Como tal, la universidad puede colaborar para liberar las energías sociales en las regiones, producto del afán descentralizador, y canalizarlas para dar un nuevo sentido de unidad y cohesión nacional. Si la universidad asume un rol protagónico en el proceso de fortalecimiento regional, este fortalecimiento será más amplio e inclusivo de nuestra pluralidad cultural, pues ella es el instrumento idóneo para el cultivo y la difusión de nuestra riqueza cultural.

En cada espacio geográfico, la universidad es un instrumento de modernización. En oposición a la gran diversidad de organizaciones tradicionales, fíncadas en estructuras autoritarias y corporativas de la provincia en México, la universidad busca reproducir una mentalidad cívica más abierta y participativa, pues ella es el asiento de la tolerancia ideológica sin la cual no hay investigación científica ni trabajo docente.

Al mismo tiempo, como agente de cambio, ella es un catalizador de los principales efectos de la complejización económica, la secularización de la prácticas éticas y la progresiva difusión de los intereses cívicos en las regiones.

Al final de cuentas, el éxito del desempeño universitario como coadyuvante de la modernización regional en México, ha estado supeditado a la calidad y pertinencia social de ese desempeño.

Mal puede cooperar en la descentralización y el desarrollo regional una institución que opera con estructuras centralizadas y que concentra sus funciones en el centro económico, político y cultural de un espacio regional.

Por lo mismo, el objetivo estratégico de la reforma de la universidad de Guadalajara consiste en su descentralización y regionalización. Nuestro objetivo es transformar la institución masificada y excesivamente concentrada que llegamos ser, en una red de centros universitarios, distribuidos a lo largo y ancho del territorio del estado de Jalisco.

Con esta medida, buscamos hacer más flexible el funcionamiento de la institución, incrementar la pertinencia social de nuestras tareas y satisfacer las demandas educativas en los espacios mismos donde se genera. Igualmente, se busca abrir espacios más espacios a la iniciativa y la creatividad intelectual de las distintas comunidades académicas de la universidad.

Creemos así que la descentralización de la vida nacional pasa por la proyección regional del quehacer de las instituciones y, por supuesto, de las universidades. En el caso de la universidad de Guadalajara así lo estamos intentando.